

El Peligro de la Codicia

*Versículos claves: Éxodo 20:17; Eclesiastés 5:10-6:2;
Mateo 20:20-28; Lucas 12:13-21; 1ª a Timoteo 6:6-10*

La ley de Dios gobierna nuestra conducta tanto interior como exterior. Todas las áreas de nuestra vida son importantes, y debemos esforzarnos por agradar a Dios en todo.

La conducta más difícil de controlar es la interna. Es más fácil no matar que no enojarse u odiar. Es más fácil evitar el adulterio que la lujuria. Podemos evitar enorgullecernos pero aún permanece ese orgullo. Podemos evitar el deseo de robar pero la codicia y la avaricia tal vez dominen nuestra vida.

Siendo que ambos aspectos de nuestra conducta son significativos, debemos esforzarnos por desarrollar actitudes correctas internas, pues son las más importantes; ya que estas determinarán cómo vamos a actuar exteriormente.

¿Por qué matar a una persona? Porque el odio y el enojo tienen su nido en el corazón del asesino. ¿Por qué se adultera? Porque hay lujuria en el corazón. El orgullo da lugar a la jactancia. Una persona roba porque está llena de avaricia y codicia. Cuando Jesús dijo: "Porque del corazón proceden todos los malos pensamientos, asesinatos, adulterios, fornicación, robos, falsos testimonio, blasfemias" (Mat. 15:19 Trad. libre).

El décimo mandamiento se ocupa de la vida interior; pues nos dice "No codiciarás". Lo que Dios nos dice es que debemos tener una actitud correcta hacia las cosas. Debemos aprender a contentarnos con lo que tenemos; este es el principio que subraya el último mandamiento.

I. EL PECADO DE LA CODICIA

La codicia es un pecado del corazón, una actitud equivocada hacia

las cosas, un deseo de tener, poseer y usar cosas. No todo deseo es malo ni está prohibido. Cierto, debemos desear y buscar todo lo que pertenezca al reino de Dios. También podemos tener posesiones y adquirir lo que nos es necesario para la subsistencia.

La prohibición de la avaricia va dirigida claramente contra un deseo particular, un deseo pecaminoso e ilícito de tener cosas. ¿Cómo saber la diferencia? ¿Cómo distinguir entre nuestros deseos lícitos y la avaricia? ¿Cómo identificarlos en nuestra vida?

QUERER COSAS PROHIBIDAS

Sabremos que somos culpables de avaricia si nos damos cuenta que deseamos cosas prohibidas; ejemplo, algo que pertenece a otros, o cosas a las cuales no tenemos derecho.

El mandamiento prohíbe específicamente desear las posesiones de nuestro prójimo, “No codiciarás...nada que pertenezca a tu hermano” (Éxodo 20:17). Esto se refiere al pecado de envidia; e involucra no solamente el deseo de tener un objeto en particular, sino también el resentimiento hacia el que lo posee. En este caso la codicia viola el amor cristiano.

La codicia puede ser también el deseo de poseer lo que ha sido prohibido expresamente por Dios. Este fue el pecado que se apoderó del corazón de Acán, después que Dios ordenó que Jericó fuera destruida (Josué 6:17-19). Acán mismo dijo: “Pues vi entre los despojos de la ciudad un manto babilónico muy bueno y doscientos ciclos de plata y un lingote de oro de peso de cincuenta ciclos, lo cual codicié y tomé”. La codicia provoca la actitud de “todo por nada”; o sea el deseo de obtener algo sin gastar nada, ni dinero ni trabajo. Dicha actitud puede darse en la actualidad, en que el trabajo honesto ya no es fuente principal para obtener las cosas; por eso, todo cristiano debe trabajar duro a fin de evitar ser ambicioso.

QUERER MUCHAS COSAS

La codicia adopta la idea de querer muchas cosas, el deseo de querer más de lo que necesitamos. Es el pecado de avaricia.

Muchos hombres y mujeres han enfermado trabajando demasiado para la consecución de los bienes y posesiones materiales innecesarios, sacrificando así su vida, la de la familia y, muchas veces, la de la iglesia. No en vano 1ª a Timoteo 6:9 dice: “Porque los que quieren

enriquecerse caen en tentación y en lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición.”

ADORACIÓN DE LAS COSAS

En su forma básica, la codicia es el deseo de adquirir posesiones terrenales por su propia cuenta y causa, y motivado por razones egoístas. 1ª a Timoteo 6:10 llama a esto “Amor al dinero.” Colosenses 3:5 la identifica con la idolatría, que es la adoración de cosas. Jesús la llama “servir a Mammón” (que significa dinero), con la inferencia de que se hace de él un dios. Este es el pecado del materialista.

La adoración de cosas es condenada por Jesús de una manera enérgica (Lucas 12:13-21). Este pasaje narra la historia de una familia peleando una herencia; y Jesús les dice: “Mirad y guardaos de la avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee”. Y le da más énfasis cuando les cuenta la historia del rico insensato que puso toda su confianza en las cosas terrenas. Dios le llamó a juicio, diciéndole: “Necio, esta noche vienen a pedir tu alma.” Enseguida Jesús explica el juicio que recaerá sobre los codiciosos de todos los tiempos “Así que, aquél guarda tesoros para sí, pero no es rico en Dios.”

Una vez más, las cosas no son pecaminosas, sino la actitud equivocada hacia ellas. De igual manera, la posesión de algo no es pecado, sino la mala actitud hacia lo poseído, o sea la idolatría de las cosas, una búsqueda excesiva de algo y una dependencia insensata de las mismas.

II. GRAVEDAD DE LA CODICIA

Para darnos una idea de lo grave que es la codicia podemos ver la descripción de los hechos de Josué 7; y sabiendo lo que le pasó a Acán, se ponen de manifiesto todas las siniestras consecuencias de su pecado.

Primero, la codicia es grave porque guía a otros pecados, “Porque el amor al dinero es raíz de todos los males, la cual codiciando algunos se extraviaron de la fe y fueron traspasados de muchos dolores” (1ª a Tim. 6:10).

En el caso de Acán, la codicia le llevó inmediatamente al robo y al engaño; en otros al robo a mano armada, a la prostitución, al juego, a profanar el nombre de Dios, rechazo a los padres, al asesinato e incluso a la guerra. La lista seguiría interminable.

La codicia es un pecado del corazón, pero si se le deja tomar control del mismo, tarde o temprano saldrá a luz y sus resultados serán muchos y malos. Otra triste consecuencia de la codicia es que impide el crecimiento de la obra de Dios. En el caso de Acán, su desobediencia ocasionó que Dios retirara Su bendición, y que los israelitas fueran derrotados (Josué 7:1-7). La codicia del pueblo de Dios impidió también el crecimiento de Su obra; robaban los diezmos y ofrendas a Dios, los cuales eran necesarios para un servicio efectivo en el campo misionero u otras actividades. Roban al reino de Dios talentos jóvenes. Hombres y mujeres eligen carreras civiles más por dinero que por vocación; y como consecuencia, roba a los cristianos el tiempo que podrían utilizar en las actividades de la iglesia.

La gravedad de este pecado puede verse en la forma en que Acán fue castigado. Él y su familia (que probablemente estaba de acuerdo con lo que hizo) fueron apedreados hasta morir (Jos. 7:24-26). La palabra de Dios es específica y severa: “Los avaros no entrarán en el reino de Dios” (1^a a Cor. 6:10).

III. LA SOLUCIÓN PARA LA CODICIA

La solución para este pecado es divina, es el desarrollo de otra actitud: contentamiento. “Pero gran ganancia es la piedad acompañada del contentamiento. Porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podemos llevar”. Así que teniendo sustento y abrigo estemos contentos con esto (1^a a Tim. 6:6-8).

Debemos ser como Pablo, que dijo: “He aprendido a contentarme cualquiera sea mi situación” (Fili. 4:11).